

Si el piélago sañudo
 Les sirve de barrera,
 ¿A qué pensando en ellos
 Te afliges y te inquietas?
 Poco basta á una vida
 Con poco satisfecha,
 Y no hay con mezquindades
 Ruines que entristecerla.
 La juventud gallarda
 Veloz huye, y tras ella
 La vejez con sus canas
 Y sus arrugas llega.
 Entonces de los párpados
 El fácil sueño vuela,
 Y del amor ardiente
 Ni aun las cenizas quedan.
 ¿No ves cuál se marchita
 La flor en primavera,
 Y mengua al claro brillo
 Del disco de Febea?
 Pues deja de abrumarte
 La flaca inteligencia,
 Sondeando de los cielos
 Las leyes sempiternas.
 ¿No es mejor reclinarse
 Bajo la copa excelsa
 De un plátano ó de un pino,
 Sobre la verde hierba,
 Y ceñirse de rosas
 Y ungirse con esencias
 De nardos, y buen vino
 Beber, mientras se pueda?
 Pues Lío disipa
 Las roedoras penas,
 A ver, ¿quién el Falerno
 Más pronto me refresca?

¿Quién su ardor en las ondas
 De ese arroyuelo templá,
 Que á nuestras plantas corren
 Cristalinas y frescas?
 ¿Quién de su oculta estancia
 Hará que Lide bella,
 Con su citara ebúrnea,
 A divertirnos venga?
 Dígala que no tarde,
 Y que su cabellera,
 A la laconia usanza,
 Por no pararse, prenda.»

En 29 de Marzo de 1880 recibí la siguiente traducción inédita de la oda 25.^a del libro 1 (*Parcius junctas*), hecha en metro y estilo romántico, por el escritor barcelonés D. Juan Font y Guitart:

« Ya son menos frecuentes
 Los redoblados golpes
 Con que los libertinos
 Soliante llamar,
 Hiriendo tus postigos
 En la callada noche,
 Y haciendo á los vecinos
 Del sueño despertar.
 Ya el tuyo no perturban
 Las lánguidas querellas
 De ¡ay! ¡ Lydia!... Tú dormitas,
 Y yo, pronto á espirar,
 ¡ Después de tantas noches,
 Tan tristes y tan largas,
 Pasadas, anhelante,
 Gimiendo á tu portal!

Tu puerta, que se abría
Tan fácil y ligera,
En sus gastados goznes
Girando sin cesar;
De su dintel querido
Le cuesta desprenderse,
Á tus pocos constantes
Para dejar entrar.

¡Oh! ¡Cuán trocada!.... ¡vieja!
Veráste, muy en breve,
De tantos amadores
Menospreciada ya;
Vagando en las desiertas
Callejas, por las noches,
Con escaldados ojos
Exhaustos de llorar.

Tu rostro demacrado
Azotarán, violentas,
Las ráfagas heladas
Del Aquilón boreal;
Que de la tierra Tracia,
Durante el interlunio,
En torbellino rauda,
Empuja el huracán.

Y, ¡guay de ti, infelice,
Cuando en ardor insano,
Y presa de impotente,
Vertiginoso afán;
Por el furor bravío
De la rijosa yegua,
El corazón llagado
Te sientas abrasar!....

Tu solo desahogo
Serán las maldiciones,
A la loca y alegre,

Esquiva mocedad;
Que al marchitado mirto
Prefiere verde hiedra,
Y las coronas mustias
Lanza al Hebrón glacial.»

La traducción que vamos á insertar ahora, es inédita, aunque se remonta al año 1845. Su autor, el bibliófilo y poeta mallorquín D. Miguel Victoriano Amer, que me ha honrado con dedicármela.

Oda 7.^a, libro II. *A Licinio* :

« Vida más dulce vivirás, Licinio,
Sin engolfarte por la mar profunda,
Ni en la tormenta la dolosa orilla
Ir costeando.

A quien modesta medianía estime
Sórdido techo no atormenta nunca,
Ni codiciosa la ambición le tienta
De regio alcázar.

Con más frecuencia el huracán sacude
Al pino erguido; las excelsas torres
Más pronto se hunden, y los rayos hieren
Los altos montes.

Teme en la dicha, en la desgracia espera
A varia suerte el pecho resignado:
Júpiter alza rudas tempestades,
Luego las calma.

Si hoy es contrario, no ha de serlo siempre:
También suscita á la callada Musa
Con suave cítara, que siempre el arco
No tiende Apolo.

Fuerte, animoso en la fortuna adversa
Muéstrate al mundo; como así prudente,

Si es demasiado favorable el viento ,
Coge la vela. »

Últimamente, el que esto escribe ha interpretado en verso castellano el *Carmen saeculare* y las odas *Quem virum aut heroa* y *Quis multa gracilis*. Dice así el primero :

«Oh siempre honrados y honorandos Febo
Y tú, Diana, que en los bosques reinas,
Lumbres del cielo, en estos sacros días

Gratos oidnos :

Hoy que, al mandato sibilino, fieles
Virgenes cantan y selectos niños
A las Deidades que los siete montes
Miran propicias.

Sol que conduces en fulgente carro
Vario y el mismo sin cesar el día,
Nada mayor que la romana gloria
Miren tus ojos.

A las matronas en el parto agudo,
Iltia diestra, con amor protege,
El nombre ya de *Genital* prefieras,
Ya el de Lucina.

Su prole aumenta, y el decreto afirma
Que á la doncella y al varón enlaza,
Y haz que germine de la ley fecunda
Nueva progenie.

Para que tornen, fenecido el siglo,
Alegres coros y festivas danzas
Por veces tres en la callada noche,
Tres en el día.

Vosotras, Parcas, que en feliz augurio
Nunciáis al mundo los estables hados,

Juntad propicias á los ya adquiridos
Bienes mayores.

Rica la tierra de ganado y frutos
A Ceres orne de preñada espiga,
Nutran las crias transparentes aguas,
Auras süaves.

Piadoso atiende á los orantes niños,
Oculta, Apolo, en el carcaj la flecha,
De las doncellas el clamor escucha,
Reina bicorne.

Si es obra vuestra la potente Roma,
Si por vosotros se salvó el Troyano
Para fundar en la ribera etrusca

Nuevas ciudades,

Si entre las ruinas del Ilión ardido
Sobreviviendo á la oprimida patria,
De nueva gloria señalara Encas,
Libre camino.

Al dócil joven conceded virtudes,
Dad al anciano plácido sosiego,
Gloria y honor á la Romúlea gente,
Prole y riquezas.

Y el que cien bueyes os inmola blancos,
Claro de Anquises y de Venus nieto,
Clemente rija y poderoso el mundo
Antes domado.

En mar y tierra su poder extiende,
El Medo tiembla á la segur Albana,
Y paz el Indio domeñado pide,
Paz el Scita.

Que fe y honor y castidad retornan,
Y la virtud que de la tierra huyera,
Y la abundancia que del cuerno opimo
Bienes derrama.

Si Febo augur el de sonante aljaba,

Gloria y amor de las Camenas nueve,
 El que con arte saludable cura
 Larga dolencia,
 Mira propicio el Palatino alcázar,
 Dilate el linde del poder romano,
 Y en nuevos lustros la inmortal acrezca
 Gloria latina.
 Oiga los ruegos de varones quince
 La casta Diosa que en Algido mora,
 Y de los niños á los cantos preste
 Dócil oído.
 Esto esperamos que el Saturnio otorgue,
 Esto confirmen los celestes dioses:
 Tornad á casa los que ya entonasteis
 Himno sagrado.»

No habrá mucha modestia en esta cita; pero al cabo es una traducción más y acrecienta el catálogo.

Alguna traducción en prosa ha aparecido también en el presente siglo. D. Joaquín Escriche, autor de un conocido *Diccionario de Legislación y Jurisprudencia*, publicó en 1847 las *Odas de Quinto Horacio Flaco, traducidas y anotadas, en latín y castellano* (Madrid, imprenta de A. Gómez Fuentenebro), trabajo sumamente útil para la inteligencia gramatical del texto, y muy superior al del P. Urbano Campos, y á todos los demás del mismo género que tenemos en castellano. Últimamente se ha impreso en Cádiz, para uso de las aulas, un tomito de *Odas de Horacio* (las mismas que se insertan en la co-

lección de los Padres Escolapios), trasladadas gramaticalmente al castellano, creo que por D. F. de Paula Hidalgo.

Á la misma *Biblioteca de Autores griegos y latinos*: pertenece una traducción literal de la *Epístola á los Pisones*, con el texto latino al frente, notas y observaciones mitológicas, y un breve tratado de Métrica, por D. Vicente Fontán y Mera, bachiller en Filosofía y profesor de Latinidad y Humanidades en el colegio de segunda enseñanza de San Agustín de Cádiz (Cádiz, Círculo Científico y Literario, 1858, ix + 48 pp).

D. Rafael Lama, catedrático de Latín y Castellano en el Instituto de Baeza, tiene proyectada la publicación de un *Horacio* completo en prosa, con noticias de la vida del autor, de sus principales códices, comentarios y traducciones. Así me lo comunicó en Abril de 1879, añadiéndome que su obra, que tenía ya muy adelantada, había de parecerse al *Virgilio* de Ochoa.

D. Victoriano Rivera Romero ha publicado en 1880: «*La Epístola de Horacio á los Pisones, preparada para la traducción y vertida al castellano por Victoriano Ribera Ramero. 1880, Imprenta del Diario de Córdoba*,» 4.º, 53 pp., con texto, orden gramatical y traducción en prosa, para alivio del trabajo de los muchachos.

Con el título de *Versión Española de escogidos*

clásicos latinos para uso de los alumnos de 2.^a Enseñanza, acaba de publicar el Licenciado en letras D. Joaquín Batet (Barcelona, *Tipografía Española*, 1885), un opúsculo que contiene traducidas, en prosa castellana, la *Epístola á los Pisones* y las odas *Maecenas atavis* y *Beatus ille*. El señor Batet es, además, traductor catalán de la *Poética*, y prepara un Horacio completo en dicha lengua.

Hasta aquí las versiones *directas* que he leído ó de que tengo noticia; pero hay además alguna de las vulgarmente llamadas *por tabla*, esto es, tomadas de otras extranjeras. Así, D. Agustín García de Arrieta, al traducir el *Curso de Literatura* del abate Batteux (1801), puso en el tomo v el *Quis desiderio sit pudor*, el *Aequanimemento* y retazos de otras, tomadas, como todo lo restante del *Curso*, del original francés.

Últimamente, haré mérito de la colección de traductores de Horacio formada en dos tomos en 4.^o manuscritos, por D. Juan Tineo Ramírez, colegial en Bolonia, sobrino de Jove-Llanos y grande amigo de Moratín. Paró este manuscrito en la librería de Gámez, donde el primer tomo hubo de extraviarse. El segundo fué adquirido por Barrera y Leirado, y se conserva hoy en la Biblioteca Nacional. Del índice de la colección entera, formado por Gallardo, se infiere que Tineo llegó á recoger buen número de traduccio-

nes, aunque no todas las que existían en su tiempo, ni con mucho. Dos ó tres de las que él vió no han llegado á mis manos.

El Sr. D. Pascual de Gayangos posee otro códice rotulado *Horacio español en verso*. Todas las traducciones que en él se contienen, fuera de las de Montiano y Luyando, son conocidas é impresas.

De ediciones de Horacio salidas de nuestras prensas, poco diré. Quedan registradas las de Mor de Fuentes, Burgos y alguno más, únicas dignas de memoria. Las restantes son adocenadas y *ad usum scholarum*. Vale más no hablar de ellas. Nosotros, tan afortunados en punto á traductores, no lo hemos sido en textos, ora por surtirnos de los mercados holandeses, flamencos é italianos, ora por natural incuria y escaso amor á los primores tipográficos. Con *Horacios* impresos en papel de estraza y afeados por erratas sin cuento, se han educado nuestros grandes horacianos. Es verdad que en el siglo pasado los tórculos de Ibarra, Sancha, Monfort é Imprenta Real, produjeron monumentales ediciones de muchos clásicos latinos y algunos griegos, mas no de Horacio, con ser éste en todos tiempos el favorito de los españoles. Cábenos, sin embargo, la gloria de que uno de los *Horacios* más nítidos, hermosos y correctos, el de Bodoni, célebre impresor parmesano, fué protegido y costeadado por

nuestro embajador en Roma, D. José Nicolás de Azara.

Me ha parecido conveniente insertar noticia bibliográfica de este *Horacio* bodoniano, que en más de un concepto pertenece á España. Lleva esta sencilla portada: *Q. Horatii Flacci Opera. Parmae. Ex Regio Typographico. MDCCXCIII.* Hay ejemplares en cuarto y en octavo. De los segundos es el que poseo. Tiene xv + 376 páginas, y es un modelo de corrección y belleza tipográficas.

Costeó y dirigió esta edición D. José Nicolás de Azara, de quien es la epístola latina *al lector*, que hace de *prefacio*. Con Azara colaboraron el ex-Jesuita madrileño Estéban Arteaga, Carlos Fea, de Niza, y el célebre arqueólogo Ennio Quirino Visconti.

Fueron utilizados para la edición varios códices de las bibliotecas romanas (uno de la del cardenal español Zelada): en la ortografía se adoptó un término medio, huyendo de las insufribles afectaciones arcaicas á que siempre han sido tan propensos ingleses, alemanes y holandeses en las que llaman *ediciones críticas*. Las variantes del texto de Azara son felices; suprimió en la soberbia oda *a Druso* aquel inútil y ridículo paréntesis introducido por algún copista:

« Quibus
Mos unde deductus per omne
Tempus Amazonia securi

Dextras obarmet, quaerere distuli,
Nec scire fas est omnia.... »

y otras dos glosas impertinentes, una en la oda 7.^a del libro III:

« Quando et priores hic Lamias ferunt.... »

y otra en la sátira 5.^a del libro I:

« Qui locus à forti Diomede est conditus olim. »

Para no mezclar ajenos rasgos con el divino texto del poeta, abstuvieron Azara y sus colaboradores de toda nota, aclaración ó comentario, y hasta suprimieron los *argumentos* que generalmente preceden á las odas.

Esta bella edición y las de Mor de Fuentes¹ y Burgos son dignas de buen recuerdo, por apartarse un tanto de la rutina.

Al texto de la edición de Bodoni puso algunos reparos menudos el académico Florentino Clemente Vannetti, respondiendo Arteaga en una carta con extensión de libro, la cual fué impresa por Bodoni en 1793, y es hoy sumamente rara²,

¹ *Las Poesías de Horacio, con un comentario crítico en castellano, por D. José Mor de Fuentes*: Madrid, por Cano, año de 1798, 12.º, viii-360 páginas.

² *Lettera di Stefano Arteaga a Gio. Batista Bodoni, intorno alla censura pubblicata dal Cav. Clementino Vannetti, accademico Fiorentino contro l'edizione parmense dell' Orazio del MDCCXCIII.* Crisopoli, MDCCXCIII, 4.º, 137 pp. El opúsculo de Vannetti, al cual Arteaga responde, se había impreso en Rovereto en 1792.

más que ninguno otro de los opúsculos del insigne autor de las *Revoluciones del teatro musical italiano*. Aun encerrándose en la mera crítica filológica, deja traslucir Arteaga la superioridad de su sentido artístico sobre el de casi todos los críticos y humanistas de su tiempo. Pretendía Vannetti que, fuera de dos ó tres lecciones, el Horacio parmesano estaba ajustado en todo al de Ricardo Bentley, y Arteaga no se contenta con probar que, no eran solamente dos, sino más de cuatrocientas, las enmiendas por él introducidas en el texto que imprimió Bodoni, sino que combate de frente el método *conjetural* de la escuela de Bentley, y asienta los verdaderos principios que deben regir en una edición crítica, es decir, ajustarse á los manuscritos donde quiera que lo permita la conveniencia del sentido, puesto que *en las cosas positivas, sólo lo positivo debe servir de norma*; á lo cual se añade que el averse á anteponer la conjetura á la fe de los códices, es lo mismo que querer desfigurar todas las cosas, dando á los lectores por texto, no las palabras del autor, sino los caprichos de la propia fantasía, ó de la de cualquier intérprete. Fundado en este tan racional principio, sólo tolera Arteaga que se eche mano de las conjeturas en los tres casos siguientes: 1.º De discrepancia entre los manuscritos, en cuyo caso debe el editor atenerse con preferencia á

los más antiguos y auténticos, según las leyes de la ciencia paleográfica, sin dejarse arrastrar por las falaces aserciones de algunos glosadores, que quisieran hacer pasar los códices que ellos han visto por otros tantos cánones de Policleto. 2.º De lección manifiestamente falsa, en cuya circunstancia tiene todo editor el derecho, no sólo de alejarse de los manuscritos, sino de escoger entre muchas conjeturas la que mayormente se conforme, á su juicio, con el espíritu del escritor: si bien esto requiere ingenio muy perspicaz y muy acrisolado gusto, por ser cosa difícil pretender que los otros vean en los autores lo mismo que nosotros vemos. 3.º De lección dudosa, ocurriendo la cual, es preciso apartarse lo menos posible de la autoridad de los manuscritos, y de las antiguas ediciones que representan otros tantos códices, y tener mucho respeto á la tradición conservada por los antiguos escoliastas, que vivieron en tiempos en que los ejemplares de Horacio estaban mucho más próximos á su original.

Como modelos de este género de crítica, invoca Arteaga el *Virgilio* de Heyne, el *Plutarco* de Wyttembach, el *Cicerón* de Ernesti, y varias ediciones de Runcken, y forma áspero proceso á la persona y al método temerario de Ricardo Bentley «intérprete dotado de agudo ingenio y de sagacidad no común, pero de audacia igual

á su talento, y por eso más peligroso que otros.» «Tuvo (añade con exactitud) todas las virtudes y todos los vicios que suelen acompañar á los innovadores. Penetración no vulgar, conocimiento profundo del latín y del griego, vasta y múltiple lectura, gran copia de manuscritos; pero juntamente con estas ventajas, desprecio á toda autoridad y espíritu de cavilación, de minuciosidad y de falsa sutileza: su capital defecto fué anteponer el camino de la conjetura al de lo positivo, y no detenerse nunca por testimonio de códices.»

Los principales puntos en que Arteaga defienda de su edición contra Vannetti, son estos:

1.º No debe separarse de la oda *Laudabunt alii* el trozo que comienza *Albus ut obscuro*, á pesar de la autoridad de tres códices que vieron Scaligero y Heinsio. Otros códices, en número de más de cuarenta, presentan reunidos los dos trozos: el mismo Bentley los acepta como partes de una misma oda; ninguno de los escoliastas antiguos patrocinan la división; y, por lo que toca á razones internas, es imposible que un hombre de buen gusto deje de reconocer el hilo verdaderamente lírico que ata entre sí las dos partes de esta oda, no con fría y metódica regularidad, sino con aquel bello desorden que es el alma de la fantasía poética. Arteaga lo pone de manifiesto con un delicadísimo análisis.

2.º La oda *Dianam tenerae dicite virgines* debe considerarse como un *Canto secular*, recitado á coros, denominación que no conviene al himno *Dive*, *quem proles*, que es puramente personal y subjetivo.

3.º Según las leyes de la antigua rítmica, el metro de la oda 12.ª del libro III, *Miserarum est*, etc., no puede dividirse, como pretendía Bentley, en estrofas de á tres versos, los dos primeros tetrámetros, y el tercero dímetro, sino en versos tetrámetros todos, como los escribió Cuningham, puesto que la división del verso de diez sílabas en dos tetrámetros y un dímetro es enteramente arbitraria, y sin apoyo en Marciano Capella ni en ningún otro prosodista antiguo, pudiendo cualquiera con igual derecho dividir esos versos en cuatro ó seis partes de medida enteramente diversa. Fuera de que un verso interminable de diez pies, aun en el caso de que pudiera fundarse en aquellas razones precisas y numéricas que sirven de base al ritmo y á la prosodia de las lenguas, no sería aplicable, con todo eso, á versos que se deben cantar ó que deben imitar el canto, por faltarle al ritmo los reposos oportunos, y por la fastidiosa uniformidad que resultaría de una sucesión no interrumpida de pies semejantes: todos los cuales inconvenientes desaparecen, rechazando la hipótesis *bentleyana* del verso de diez pies, y adoptando la división de

toda la oda en diez versos de cuatro pies jónicos menores cada uno de ellos, de lo cual hay ejemplos en los fragmentos de Alceo, Alcman y otros líricos griegos.

VIII.

Pasemos á los traductores americanos, casi omitidos en la primera edición de este ensayo. Esta sección será completísima; pero el mérito de ella ha de atribuirse, no á mí, sino á mis doctos y bondadosos amigos del Nuevo Mundo, y muy especialmente al colombiano D. Miguel Antonio Caro, rey de nuestros modernos traductores de Virgilio. Para no omitir nada y proceder con método, seguiré el orden geográfico de Norte á Mediodía.

MÉJICO.

a) En la *Colección de poesías mejicanas* (París, librería de Rosa, 1833), hay dos traducciones anónimas de Horacio, ambas muy flojas, una del *O Venus, regina Gnidi Paphique* (oda 30 del libro 1):

«Alma Venus, que reinas
En Citeres y en Gnido:
Deja, deja de Chipre
El preciado recinto....»

(Pág. 30.)

En la pág. 385 se lee otra, aún peor, del *Jam satis terris* (oda 2.^a, lib. 1):

«Bastante nieve y bárbaro granizo
Envió Jove á la tierra.»

b) Poeta tan clásico y excelente como en España desconocido fué el mejicano D. José Joaquín de Pesado. En sus *Poesías originales y traducidas* (Méjico, 1839) léense en verso castellano el *Maecenas atavis*, el *Quis multa gracilis*, y el *Eben fugaces*. La primera está en *asclepiadeos moratinianos*:

«¡Mecenas, hijo de antiguos reyes,
Refugio y dulce decoro mío!
Unos cubiertos de polvo olímpico,
El linde intacto con rueda férvida
Vencen, y ornados de palmas nobles,
Se alzan cual dioses del mundo dueños:
Otros merecen triples honores
Entre la turba del pueblo instable:
Quién en sus trojes encierra pródigo
Cuanto en sus eras la Libia acopia,
Los patrios campos contento labra,
Sin que aun el oro de Atalo pueda
Trocar su intento, y al mar indómito
Lanzarlo tímido en cipria nave:
Quién, contrastado del viento de África,
Cuando relucha con el mar de Ícaro,
Del campo y corte la holgura ensalza;
Después empero su nave apresta,
Que la pobreza no sufre, indócil:
Éste, entre copas de añejo vino,
Pasa del tiempo la mejor parte,

Bien recostado bajo el bello árbol,
 Bien á la orilla del claro arroyo :
 Aquél las armas y el clarín áspero
 Busca, y la trompa y la guerra triste
 Que odian las madres : los cazadores
 Al cielo abierto la esposa olvidan,
 Ora sus perros den tras el ciervo,
 Ora la fiera sus redes rompa.
 Mas yo de hiedra, premio del sabio,
 Ciña mi frente cual numen, lejos
 Del vulgo, en bosques donde los sátiros
 Y ninfas moran; con tal que Euterpe
 Me dé sus flautas, y de Polimnia
 Logre la lira dulce de Lesbos.
 Si tú, Mecenas, me aclamas lírico,
 Alzaré al cielo mi frente excelsa.»

Compárese esta traslación, modelo de elegancia y limpieza, con la que en el mismo metro y con igual fidelidad y concisión, pero con harta menos poesía, hizo D. Juan Gualberto González.

En octosílabos combinados con pentasílabos escribió Pesado su linda traslación de la oda 5.^a

«Sobre tálamo de flores,
 ¿Qué delicado mancebo,
 Vertiendo aromas,
 Te estrecha al seno.»

No inferior á estas tres interpretaciones es la del *Eheu fugaces*, hecha en estrofas, de Francisco de la Torre. Con frecuencia latiniza Pesado en la frase, más siempre con sobriedad y gusto.

Existe una segunda edición de Pesado (*Mé-*

xico, imprenta de I. Cumplido, Año de 1849, 4.^o, un tomo, 366 págs.), que contiene muchas más poesías que la primera, entre ellas una nueva traducción de Horacio (oda 4.^a del libro 1), *Solvitur acris*, que tiene la extrañeza de estar en endecasílabos y versos de seis sílabas combinados, forma inusitada en nuestra métrica, y poco feliz y armoniosa :

« Cesa al impulso de Favonio tierno
 Rígido el invierno,
 Ni el campo cubre cándida la nieve:
 No ya el ganado en el redil se goza :
 El pastor su choza
 Deja, y la nave al piélago se atreve.

 Hora conviene coronar la frente
 De laurel reciente,
 Ó nuevas flores, con festivo rito :
 Hora inmolar á Fauno bondadoso
 En el bosque umbroso
 Balante oveja o retozón cabrito.
»

El *Tenerum Lycida mirabere* está suprimido, y todo el final alterado, conforme á las buenas costumbres.

Con ser tan copiosa esta colección de las poesías de Pesado, aún faltan muchas, que luego publicó el autor sueltas, especialmente el poema de *La Revelación* (1856), de que sólo algún fragmento se conocía antes; el poema de *María* (impreso en 1855 en *La Cruz*, revista que diri-

gía Pesado), algunos Cantos de la *Jerusalén* del Tasso, magistralmente puestos en octavas castellanas; la colección de 24 sonetos descriptivos que tituló *Sitios y escenas de Orizába y Córdoba*; que tituló *Escenas del campo y de la aldea*, que son cuadros de costumbres mejicanas en fáciles y graciosas quintillas; *Los Aztecas*, colección de antiguas poesías indias, imitadas, refundidas ó inventadas con mucho primor de estilo por el autor (que puso entre ellas algunos retazos ya conocidos, tales como los célebres y muy sospechosos cantos de Netzahualcoyotl, rey de Tezcucó); muchas composiciones sueltas, religiosas ó amatorias, y algunas traducciones, por ejemplo, la del *Cinco de Mayo*, de Manzoni, y la de la Profecía de Isaías contra Babilonia. Todos estos versos, que quizá sean los mejores de Pesado, y de fijo son los más correctos, andan esparcidos en revistas y periódicos, ó impresos en cuadernos sueltos, imposibles de adquirir en Europa. Pesado, que no sólo fué poeta elegantísimo y clásico, sino apologista católico de orden muy elevado, bien merecía una edición completa y esmerada de sus obras en prosa y verso, tan interesantes y dignas de leerse en España como en Méjico.

Cuanto datos pueden desearse acerca del valer intelectual y moral de Pesado, y acerca de la heroica lucha que sostuvo en *La Cruz* contra las

ideas irreligiosas y la anarquía política que han ensangrentado y afrentado aquella Nueva-España, tan semejante en todo á la antigua, hállese reunidos en la extensa biografía que de él ha publicado en Méjico (1878, imp. de I. Escalante) el docto académico D. José María Roa Bárcena, correligionario, amigo y colaborador de Pesado, y poeta de los que hoy honran más aquella república.

Aunque parezca increíble, Pesado no figura en *La Lira Mejicana*, impresa en Madrid, 1879, y ordenada por D. Juan de Dios Peza. Lo cual no obsta para que la Europa culta ponga á Pesado al frente de todos los poetas mejicanos.

c) En las *Poesías de D. José Sebastián Segura*, individuo de la Academia Mexicana, correspondiente de la Española (México, imprenta de I. Escalante, 1872), se leen las siguientes traducciones de Horacio, desde la pág. 252 á la 255:

Oda 3.^a del libro I, *Sic te Diva*:

«De Chipre así la Diosa,

Los hermanos de Elena, astros lucentes....»

5.^a, libro I, *Quis multa gracilis*:

«¿Qué esbelto joven, entre las rosas,

Bañado en ricas blandas esencias

En gruta alegre te abraza, Pirra?....»

10.^a, lib. II, *Recticis vives, Licini*:

«Vida más grata alcanzarás, no el Ponto

Siempre cruzando; ni al tronar la nube

Cauto temiendo....»

Discípulo brillante de Peñado, Segura se distingue sobre todo en las traducciones, pero no son las de Horacio las más felices. Véncelas con mucho la de algunos cantos de Dante, y la de *La Campana* de Schiller. Ha cultivado mucho el exámetro, al modo de D. Juan Gualberto, traduciendo en esta forma la égloga 4.^a de Virgilio.

Segura es ingeniero de minas. Véase su biografía en los *Escritores Mexicanos Contemporáneos* de D. Victoriano Agüeros (México, imprenta de Escalante, 1880), págs. 57 á 63.

d) El Ilmo. Sr. D. Ignacio Montes de Oca y Obregón, obispo antes de Tamaulipas y hoy de Linares, conocido en la república de las letras con el pseudónimo arcádico de *Ipandro Acaico*, autor de dos excelentes versiones, una de los *Bucólicos Griegos*, y otra de Píndaro: insigne helenista, y orador sagrado elocuentísimo, publicó en 1878 un tomo de *Ocios Poéticos* (México, imprenta de Escalante), modelo de nitidez tipográfica, que contiene sus poesías sueltas, así originales como traducidas. En la pág. 237 se lee una graciosa imitación de Horacio (oda 7.^a del libro I, *Laudabunt alii*). El Sr. Montes de Oca, educado en Inglaterra y en Italia, es hombre de sólida y severa instrucción clásica.

CENTRO-AMÉRICA.

Bajo este nombre se comprenden las repúblicas de Guatemala, Honduras, San Salvador, Nicaragua y Costa-Rica. La producción literaria en estos países ha sido escasa, y en algunos de ellos nula. La primitiva *América Poética* de Gutiérrez (Valparaíso, 1846) no incluye más poeta de la América Central que el fabulista García Goyena. La de Cortés, publicada en París en 1875, prescinde absolutamente de estas cinco repúblicas, y no es este el solo pecado de tan desordenadísima colección.

Para conocer á los poetas guatemaltecos, salvadoreños, etc., hay que recurrir á una edición muy fea y mendosa, que se titula *Galería Poética centro-americana, selecta colección de poesías de los mejores poetas de la América del Centro, por Ramón Uriarte, Guatemala, imprenta de la Paz*, tomo I, 1873. Tomo II, 1874, 8.^o mayor.

Allí se lee una traducción de la oda 5.^a del libro I de Horacio, *Quis multa gracilis*, hecha por D. José Batres y Montúfar, poeta de Guatemala:

«¿Quién es, ¡oh Pirra! el doncel
Que entre perfumes y flores
Te dice blandos amores,
En la gruta del vergel?
¿Á quién con nardos y rosas
Unges el blando cabello?»

¿En qué nueva faz el sello
Del ardiente labio posas?»

Es elegante, aunque muy desleída y parafrás-
tica. Batres (nacido en 1809, muerto en 1844)
se distinguió sin rival en el cuento alegre y en
la narración joco-seria. De él me escribía el se-
ñor Caro: «Es un copioso raudal de chiste es-
pontáneo, en una versificación incomparable.
Estas dotes literarias están oscurecidas por la
indecorosa licencia que reina en sus dos cuentos
ó leyendas.»

e) De otro poeta guatemalteco, D. Juan José
Micheo (nacido en 1847, muerto en 1869), dis-
cípulo de los Jesuitas, incluye la *Galería poética*
centro-americana dos traducciones de Horacio,
harto inferiores á la de Batres. Son de la oda
24, del libro 1, *Quis desiderio*:

«¿Cómo poner moderación al llanto
En ausencia tan larga y tan sentida
Y término al quebranto,
Cuando Quintilio duerme ya sin vida?...»

y de la oda 21, *Poscimus, si quid*.

«Lira sonora, con quien pude un día
De ameno prado en la quietud contento,
Al fresco viento, reposar tranquilo
Plácidas horas....
Ven á mis manos, y en cadentes ritmos
Haz que mi canto se remonte al cielo,
Y acá en el suelo que inmortales sean
Haz sus acordes.

Tú, que pulsada con ardiente numen
Fuiste en un tiempo de feliz memoria,
Cuando de gloria coronó tu frente

Lésbico cisne;

Ora blandiendo su funesto acero,
Ó bien atando la deshecha nave,
En tono suave á las divinas Musas

Tierno cantaba,

Y á Baco leve, á la Ciprina Diosa,
Al niño ciego, juguétón, alado;
Y al celebrado por sus negros ojos

Lico el apuesto.

Tú en el banquete del Tonante Jove,

Prez y delicia del celeste Apolo,

Alivio sólo á mi penar dispensa,

Siempre propicia.»

VENEZUELA.

a) Omisión grave en la primera edición de mi
Horacio fué la del Patriarca de la literatura ame-
ricana, Andrés Bello, poeta descriptivo sin rival
en el Nuevo Mundo, y quizá en la literatura es-
pañola, filólogo y gramático insigne, juriscon-
sulto y legislador, y honra eterna de Caracas.

En la bibliografía horaciana debe figurar por
una bella imitación de la oda *Oh navis, referent in*
mare te novi, ensayo de su juventud, en el estilo
y en el metro de las *barquillas* de Lope de Vega:

«¿Qué nuevas esperanzas
Al mar te llevan? ¡Torna,
Torna, atrevida nave,
A la nativa costa!

Aún ves de la pasada
 Tormenta mil memorias,
 ¿Y ya á correr fortuna,
 Segunda vez te arrojas?
 Sembrada está de Sirtes
 Aleves tu derrota,
 Do tarde los peligros
 Avisará la sonda.
 ¡Ah! Vuelve, que aún es tiempo,
 Mientras el mar las conchas
 De la ribera halaga
 Con apacibles olas.
 Presto, erizando cerros,
 Vendrá á batir las rocas,
 Y náufragas reliquias
 Hará á Neptuno alfombras.
 De flámulas de seda
 La presumida pompa,
 No arredra los insultos
 De tempestad sonora.
 ¿Qué valen contra el Euro,
 Tirano de las ondas,
 Las barras y leones
 De tu dorada popa?
 ¿Qué tu nombre famoso
 En reinos de la Aurora,
 Y donde al sol recibe
 Su cristalina alcoba?
 Ayer por estas aguas,
 Segura de sí propia,
 Desafiaba al viento
 Otra arrogante prora.
 Y ya, padrón infausto
 Que al navegante asombra,
 En un desnudo escollo
 Está cubierta de ovas.

¿Qué? ¿No me oyes? ¿El rumbo
 No tuerces? Orgullosa
 Descoges nuevas velas,
 Y sin pavor te engolfas.
 ¿No ves, ¡oh malhadada!
 Que ya el cielo se entolda
 Y las nubes bramando,
 Relámpagos abortan?
 ¿No ves la espuma cana
 Que hinchada se alborota,
 Ni el vendaval te asusta
 Que silba en las maromas?
 Vuelve, objeto querido
 De mi inquietud ansiosa;
 Vuelve á la amiga playa,
 Antes que el sol se esconda.»

Todo esto no es ciertamente estilo horaciano, ni tiene nada de la áspera concisión del original, pero sí mucho sabor castellano de los buenos tiempos, mucha soltura melódica, y mucho de la lozanía, desembarazo, frescura y garbo de las *barquillas* de Lope, hasta con sus rasgos audaces y de dudoso gusto, con las *náufragas reliquias* y la *cristalina alcoba*.

Se publicó por primera vez (que sepamos) esta oda en el *Juicio crítico* (sic) de algunos poetas hispano-americanos, por Miguel Luis y Gregorio Victor Amunátegui, obra premiada en el certamen abierto por la facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile el año 1859. Santiago (de Chile), imprenta del ferrocarril, 1861, pág. 185.